

¿Quién ve a Aristóteles?

Por Augusto MONTERROSO

Desde que tengo memoria, si bien mala, he venido escuchando o leyendo o exponiendo de viva voz o por escrito el tema de la incomunicación existente ahora y a través de los siglos entre los países hispanoamericanos (aparte de la que por supuesto existe —aunque ello parezca no importarle a nadie— entre éstos y los africanos, por ejemplo, o los de Oceanía y, si uno quiere notarlo, con los de Europa). Cristóbal Colón, sin conocer el camino, ocupó dos meses y nueve días en venir de España a nuestro Continente hace cuatrocientos cincuenta años. En la actualidad, un paquete razonablemente lleno de libros tarda más en llegar de México a Buenos Aires por mar, y no sé cuánto a España, cuando buenamente llega. De donde se concluye que a medida que los medios de transporte mejoran, lo transportado demora más en alcanzar su destino. Es cierto, ay, que hoy día un escritor puede trasladarse de La Paz o Asunción a México en unas veinticuatro horas. Pero aquí se presenta la casualidad de que mientras, salvo casos poco probables o hasta increíbles, a los escritores no quieren verlos ni sus propias familias, ni mucho menos oírlos, toda vez que por lo general se concretan a hablar tonterías (de que no hacen falta nombres ni ejemplos personales pero que temo estén en la mente de todos), a veces, fuera de broma, llegan a ser numerosas las personas que desearían leerlos.

La verdad es que por más que se hable del problema de la incomunicación es muy poco lo que se hace para resolverlo. Por otra parte, personalmente no estoy muy convencido de que en cada uno de nuestros países haya mucha buena literatura que exportar a los otros, para no hablar de la música, la pintura o la filosofía.

Claro que, si bien se mira, la desvinculación tiene sus ventajas, toda vez que gracias a ella podemos tranquilamente seguir haciéndonos la cómoda ilusión de que si no leemos a tal autor de determinado país se debe a la imposibilidad física de obtener sus obras. Aun cuando en ocasiones así es, no seamos hipócritas. En mi casa guardo las obras maestras de cuatro o cinco escritores consagrados de Hispanoamérica, al alcance además de quienquiera en cualquier librería, que apenas he ojeado pero de las cuales tengo que hablar a veces como si las conociera a fondo, por solidaridad, por patriotería, bueno, hasta si se quiere, por mero antimperialismo. La otra noche disfruté de la no muy rara oportunidad de conversar con varios excelentes poetas y novelistas sudamericanos, de veras populares en sus países y en otros, y primerísimos en sus respectivos oficios. Como era de esperarse, hablamos del tema de la incomunicación. Uno de ellos, poeta, me confió que desde hacía años era admirador del mexicano Alí Chumacero, de quien sólo conocía un poema... que había leído en inglés en la revista norteamericana *New World Writing*. Pero dejemos esto.

En la introducción al número conmemorativo de los veinticinco años de la gran revista uruguaya *Marcha*, dedicado a "La generación hispanoamericana del medio siglo", Ángel Rama hace consideraciones de lo más pertinentes y lúcidas acerca de nuestra literatura y sobre la urgencia de encontrar las formas más eficaces de poner de una vez por todas fin al problema de la incomunicación, que tanto se parece en realidad al problema del desinterés o la indiferencia. Entre otras cosas a las que debería darse más difusión, Rama habla allí de la necesidad de crear un Servicio de Transmisiones de la Cultura en Hispanoamérica, idea que esperamos haga llegar a todos aquellos que de algún modo puedan contribuir a poner en práctica.

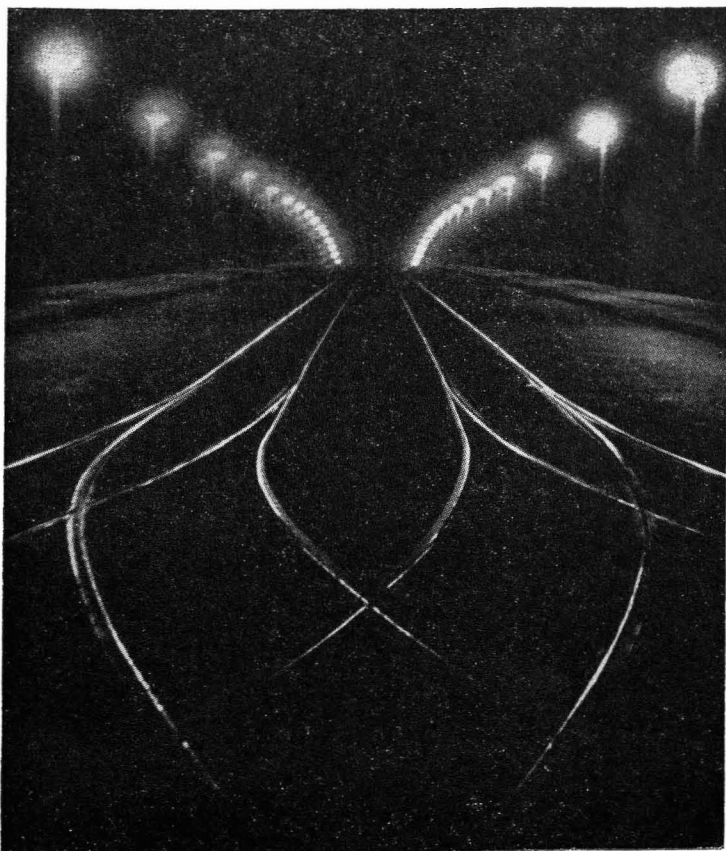
Menos ambicioso y, a decir verdad, mucho menos preocupado, en las próximas líneas yo me atreveré a proponer en forma desordenada un modesto plan que, como todos los buenos planes, es de lo más sencillo, aunque probablemente sea también de lo más impráctico.

En Hispanoamérica existen, optimistamente, unas quince buenas revistas literarias. A pesar de nuestra miseria, de nuestras zonas plataneras, de nuestro caucho, de nuestro zinc, de nuestro dulce cobre, de nuestra malaria, de nuestra oncocercosis, de nuestra pálida mansedumbre, de nuestra corrupción política, de nuestra entusiasta mortalidad infantil, de nuestros generales y hasta de nuestros literatos, existen, optimistamente, unas quince revistas legibles, pero que, todo lo buenas que se quiera, alcanzan tirajes ridículos. Yo no conozco muchas. Conoceré unas seis o siete. Pero es seguro que si entre varios nos pusieramos a contar llegaríamos de buena fe a unas quince. Ahora bien, ¿cuántas de esas publicaciones circulan en países ajenos a aquel en que se editan? Prácticamente ninguna. Si

convinimos ya en que se trata de buenas revistas, ¿a qué se debe esto? En primer lugar, a que por la deficiencia de las comunicaciones nadie puede obtenerlas; en segundo, ¿para qué nos engañamos?, a que fuera de las consabidas *élites* a nadie le interesan. Debo aferrarme a la idea optimista de que en sus países de origen esas revistas significan algo, que son leídas, comentadas y discutidas (aparte de que generalmente sean al mismo tiempo condenadas, según el caso, como execrables productos de mafias de derecha o de izquierda). Sin embargo, y a esto quería llegar, a pesar de que quince no parece un número muy elevado, no pocas de ellas se permiten el lujo de poner en práctica a estas alturas la risible y mezquina pretensión aristocrática de que sus colaboraciones sean exclusivas. Es decir, no sólo pagan mal lo que publican sino que encima algunas se dan por ofendidas si el tímido escritor hispanoamericano se permite el exceso de correr el apasionante riesgo de que el director de la revista X de Buenos Aires, verbigracia, se moleste porque al mismo tiempo ese escritor hispanoamericano entregó ese mismo trabajo a la revista P de México, como si los improbables millones de lectores de Buenos Aires fueran a indignarse por tener que leer algo previamente leído por los doce o quince lectores de México, y viceversa.

Fuera de digresión, yo me atrevo a proponer que cuando una de esas quince revistas (o veinte, o trece, o cuantas entren en un posible acuerdo) esté dispuesta a aceptar la colaboración de Jorge Luis Borges o de Juan Rulfo, por ejemplo, no ponga obstáculos para que esa misma colaboración sea publicada en las otras catorce, y que estas catorce estén dispuestas a pagar al autor, cuando así lo acostumbren, lo que tengan fijado, con lo que tanto la difusión de la literatura hispanoamericana, como las revistas y hasta los propios Jorge Luis Borges y Juan Rulfo saldrían ganando unas catorce veces más.

Las embajadas, como es natural, los organismos internacionales y algunas personas de buena voluntad han fracasado en su intento de romper lo que atrevidamente podríamos llamar la barrera de la incomunicación. Es hora, pues, de que las revistas (por una extraña coincidencia escritas usualmente por escritores) encaren el hecho de que ninguna de esas oficinas va a hacer nunca nada que los escritores no hagan por ellos mismos, no para verse ni para tomar cerveza juntos (hace unos 2 500 años que nadie ve a Aristóteles ni toma cerveza con él) sino para leerse y, en todo caso, para criticarse y tratar de destruirse, como acostumbran con razón, durante su breve paso por la tierra.



"los medios de transporte mejoran"